

Jonathan Truitt. 2018. *Nahuas and Catholicism (1523-1700). Sustaining the Divine in Mexico Tenochtitlan*. Norman, Mission of San Luis Rey: University of Oklahoma Press, The Academy of American Franciscan History.

Antonio RUBIAL GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-9370-508X>

Universidad Nacional Autónoma de México (México)

Facultad de Filosofía y Letras

antoniorubial@filos.unam.mx

El interés de los investigadores estadounidenses por nuestra historia sigue produciendo aportaciones, como el libro de Jonathan Truitt, objeto de esta reseña. Autor de varios títulos sobre el cristianismo indígena y siguiendo la línea de su tesis doctoral (Truitt 2009; 2016), en este trabajo el autor se adentra en algunos aspectos del mundo religioso de los nahuas de la Ciudad de México en la época de los Austrias. Según lo expresa explícitamente, pretende contribuir a una nueva etnohistoria de la Iglesia católica en México Tenochtitlan al examinar tanto la historia institucional como la cultura material de las devociones nahuas.

En la introducción, Truitt hace una revisión historiográfica que parte básicamente de autores estadounidenses: los libros ya clásicos de Charles Gibson, George Kübler y James Lockhart, y los más recientes trabajos de Louise Burkhart, Barbara Mundy, William Connell y Susan Kellogg. En esa línea, Truitt considera como premisas fundamentales de su trabajo la creciente influencia de la legislación española sobre los gobiernos indígenas, su incidencia como un instrumento fundamental de resistencia, pero también de conversión y aculturación, y las acciones de las comunidades indígenas como soporte del crecimiento de las instituciones españolas. Su estudio se concentra sobre todo en la Ciudad de México, en la época de los Austrias, y sus fuentes son las crónicas franciscanas (Torquemada y Vetancurt), los censos de población, algunos códices, los *Anales* en náhuatl (Juan Bautista y Chimalpahin), algunos registros parroquiales, las obras de teatro y, sobre todo, un corpus en náhuatl de 93 testamentos de hombres y mujeres propietarios de casas y tiendas alrededor del mercado de San Juan.



El estudio se divide en cinco capítulos, cada uno dedicado a aspectos que el autor considera esenciales para conocer lo que se entiende por *divine*. En el primero se expone la delimitación espacial del estudio, las cuatro parcialidades que formaban San Juan Tenochtitlan, y se examina cómo los franciscanos se apropiaron del espacio aprovechando la estructura prehispánica de los *tlaxilacalli* y sus antiguos templos. Esto fue posible gracias a las alianzas con las comunidades, en particular con las noblezas locales, que capitalizaron en su beneficio la introducción del sistema político y religioso español. Aunque el autor hace algunas referencias a las doctrinas administradas por los agustinos, situadas en la zona oriental de la ciudad, el trabajo se centra en los franciscanos y su curato de San José de los Naturales. Junto a la labor de los frailes se destaca el papel de los *teopantlaca* (funcionarios indios de las capillas y ermitas) y de los fiscales que se ocupaban de la intermediación entre fieles y religiosos. Esta “gente de iglesia” vigilaba la moral pública, mantenía y adornaba la capilla y los templos, organizaba las fiestas, asistía en matrimonios y entierros, escogía los nombres de los niños y recolectaba limosnas.

El segundo capítulo habla del problema pedagógico, es decir, de los tres instrumentos utilizados por los frailes y adoptados por sus colaboradores como herramientas de conversión: la escritura alfabética, la música y el teatro. La conclusión de este apartado, tema que se vuelve reiterativo a lo largo del texto, es que “esencialmente los nahuas decidieron apropiarse de las herramientas que los proveían de una más cercana conexión con la fe católica, aunque sosteniendo sus propias vinculaciones con la divinidad” (p. 109).

Una de las tesis más originales del libro es que las mujeres indígenas fueron cruciales en el establecimiento de las redes de soporte de la Iglesia católica y de la parafernalia que necesitaba, tanto en la dimensión comunitaria como en la familiar. A este tema se dedica el tercer capítulo. A pesar de que en el mundo náhuatl posterior a la Conquista siguió existiendo la separación entre un ámbito público masculino y otro privado femenino, la participación de las mujeres en cofradías, el comercio y múltiples actividades religiosas no corresponde a la visión de sumisión y pasividad que se les ha atribuido. La presencia de indias en la vida conventual femenina y la fundación en el siglo XVIII del convento de las monjas cacicas de Corpus Christi se presentan como prueba.

Para comprobar su importancia, el autor contrasta los testamentos de mujeres y varones, y concluye que las primeras dejaron limosnas para misas

mucho más numerosas que los segundos. Lo mismo sucede con la herencia de imágenes o la pertenencia a cofradías. Frente a los testamentos de varones, que derivan sus limosnas a una sola capilla, los de las mujeres incluyen como beneficiarios escuelas, hermandades, conventos, hospitales e incluso la Catedral. Mercaderes, parteras, artesanas y fabricantes de mantas para el tributo continuaron siendo esenciales en la economía colonial como lo fueron en la prehispánica.

En el cuarto capítulo se estudian las cofradías indígenas que ofrecieron un sentido de colectividad a las comunidades las cuales adaptaron sus propias instituciones comunitarias al modelo de las hermandades españolas. Fray Alonso de Molina escribió un modelo de constitución para las cofradías encargadas de hospitales, que se aplicó con variantes en todo el territorio. Aunque fueron impuestas por los frailes, muy pronto se volvieron organizaciones controladas por los mismos cofrades para organizar fiestas, entierros y obras benéficas, solucionar conflictos familiares y atender los sufragios por las almas del purgatorio. Por medio de sus cofradías, los nahuas pudieron mantener su identidad y su vida religiosa y social de manera independiente, a veces incluso en abierta oposición a los religiosos, sobre todo en el tema de las finanzas. Esa adaptación al mundo náhuatl es en especial notable en la introducción de la figura de la *cihuateopixqui*, mujer encargada de diversas actividades y que no tenía paralelo en las cofradías de españoles. A pesar de esta relativa autonomía, en la capital virreinal los nahuas se vieron forzados a convivir con poblaciones españolas, africanas y asiáticas. Desde el siglo xvii, en las cofradías indias comenzó a ser notoria la inclusión de otros grupos étnicos, sobre todo filipinos y españoles.

El quinto capítulo está dedicado a estudiar los objetos y materiales manufacturados por los artesanos indígenas para el culto católico, en especial el referido a los santos. Para Truitt hay dos ámbitos de fabricación y utilización de estos objetos: las escuelas de artesanos, cuya producción estaba destinada al culto oficial (imágenes, ornamentos sagrados, construcción y decoración de templos y capillas y obras efímeras para la fiesta, como parte de las funciones de las cofradías), y el mercado donde se vendían los objetos sagrados para uso doméstico. La posesión y el comercio de estas imágenes está registrado en los testamentos que el autor ha trabajado, en los que se registran, además de lienzos y esculturas, ropa para vestir las, halos de plata, pedestales, sillas, coronas y collares, así como cera y rosarios (había incluso artesanos llamados rosarieros) para su culto.

El libro presenta una conclusión y un epílogo en los que se reiteran los temas tratados. Los templos cristianos heredaron el orgullo indígena por el cuidado de sus divinidades. Cuando hubo intentos de secularización orquestados por los arzobispos fray Alonso de Montúfar, en el siglo xvi, y Francisco de Aguiar y Seijas, en el xvii, tanto las comunidades como los frailes se opusieron a ellos y mantuvieron el control de las capillas, de su limpieza, remodelación, ornamentos y música. Los nahuas tuvieron un papel activo en la asimilación de los modos europeos de culto, la música, el teatro, el santoral y las cofradías.

A pesar de los importantes aportes del libro de Jonathan Truitt al conocimiento de la religiosidad indígena urbana, es notoria la ausencia de temas que el lector esperaría encontrar bajo un título tan ambicioso. Por razones de mercadotecnia, en la portada se promete una visión más general de la que se desarrolla a lo largo del texto, cuyo principal interés está en la doctrina de San José de los Naturales. Además, al utilizar el término “nahuas” como una especie de entidad humana homogénea, a menudo se pierde la distinción entre los macehuales y las elites, estas últimas mejor integradas al sistema implantado por los frailes. Por otro lado, al circunscribir su estudio a Tenochtitlan, la presencia de los nahuas de Tlatelolco es muy marginal, así como la de los que habitaban los pueblos aledaños a la Ciudad de México donde las redes franciscanas estuvieron presentes, cuyos vínculos con la capital sobrepasaban la arbitraria división actual rural/urbano. Incluso brilla por su ausencia una institución franciscana tan importante como la orden tercera, en la que participaron nahuas y españoles, y que funcionó en el conjunto conventual de San Francisco en la capital.

Tampoco aparecen en el libro la normatividad emitida por los concilios provinciales ni la supervivencia de los cultos ancestrales que persiguió el provisorato de la Catedral. Además de estas ausencias, producto de la ignorancia sobre el papel que jugó el clero secular urbano en la religiosidad indígena, y con una visión demasiado optimista del proceso evangelizador, tampoco se mencionan las epidemias que asolaron a la población y que tuvieron un papel muy importante en el desarrollo de la vida religiosa, sus cambios y continuidades. A pesar de citar fuentes que los mencionan, como los textos de Chimalpahin y Vetancurt, tampoco aparecen los santuarios (Guadalupe, Los Remedios y, sobre todo, los dos franciscanos de Santa María la Redonda y San Cosme, y el dominico de La Piedad) cuya importancia fue determinante en eso que el autor llama *Sustaining the Divine* entre los nahuas de la capital virreinal.

Con una visión demasiado lineal del proceso, el autor no tiene en cuenta el impacto de los grandes cambios que vivió la Ciudad de México y que afectaron profundamente la religiosidad náhuatl. Además de las epidemias, otros sucesos que tuvieron consecuencias son el conflicto entre los religiosos y los arzobispos, las campañas de extirpación de las idolatrías orquestadas por el provisorato (que no es el Tribunal de la Inquisición que menciona en varias ocasiones), el motín de 1624 y la gran inundación de 1629, que tanta importancia tuvo en el impulso del culto guadalupano.

La omisión de temas tan importantes va de la mano con la total indiferencia que el autor muestra hacia la historiografía producida en castellano en México y España. Es palpable la total ausencia de menciones a los trabajos de Rossend Rovira Morgado, Berenice Alcántara, Alena Robin, Felipe Castro, Pablo Escalante, Gerardo Lara, Beatriz Aracil, María Sten o Pilar Gonzalbo, por mencionar a unos cuantos que han estudiado muchos de los temas tratados u omitidos en el libro reseñado. Esperamos que en un futuro el diálogo entre los investigadores estadounidenses con los trabajos que publicamos en español sea cada vez más frecuente y que sus investigaciones se vean enriquecidas con este intercambio, como las nuestras lo son con trabajos como el de Jonathan Truitt.

REFERENCIAS

- Truitt, Jonathan. 2009. "Nahuas and Catholicism in Mexico Tenochtitlan: Religious Faith and Practice and La Capilla de San Josef de los Naturales, 1523-1700", Tesis de doctorado en Historia, Tulane University.
- Truitt, Jonathan y Mark Christensen, eds. 2016. *Native Wills from the Colonial Americas. Dead Giveaways in a New World*. Salt Lake City: The University of Utah Press.